

El acto político de ayer en Madrid

Alejandro Lerroux define, en un magistral discurso, la posición del partido radical

El espíritu de concordia.—El problema religioso.—Unas consideraciones sobre la nivelación, a marcha forzada, del presupuesto — La Reforma agraria.—El Estatuto de Cataluña, y la unidad espiritual de España.—Los monárquicos arrepentidos y la República.— Expectación extraordinaria en toda España, que ha estado pendiente de la palabra del gran tribuno

EL ORDEN EN LA ORGANIZACIÓN DEL ACTO

La Comisión organizadora del acto de ayer cuidó escrupulosamente de dar las órdenes y hacer las indicaciones precisas para el fácil acceso de coches y peatones a la plaza, así como para que el desfile, a la salida, se hiciera con el debido orden.

Por determinación de la Comisión los tranvías llegaban hasta la plaza de Manuel Becerra, desde donde daban la vuelta.

El acceso a la plaza se hizo por el andén izquierdo exclusivamente; los coches bajaban siguiendo su mano y sin cruzarse. No permitiendo se la estancia de los mismos en los alrededores de la plaza, salvo los que indicaban los agentes de circulación.

A la salida del acto, los coches no comenzaron a circular hasta quince minutos después de terminado aquel.

En las estaciones de Atocha y Norte, había autobuses, que por una peseta llevaban directamente a la Plaza Monumental, cuyas puertas fueron cerradas a las once en punto.

En la explanada de la plaza se habilitó una caseta de información, que estuvo actuando desde las ocho de la mañana.

EL DISCURSO DE MARTINEZ BARRIOS

El señor Martínez Barrios da cuenta del acuerdo de suspensión del acto que debía haberse celebrado el pasado día 11 en Barcelona, y la designación del día y sitio en que se está celebrando.

Hace la presentación del señor Lerroux y dice que el acto que se celebra no es de partido, sino el exponente de la ciudadanía española que está alrededor de la figura del ilustre don Alejandro Lerroux.

Termina diciendo que España vive hoy pendiente de una palabra, y esta es la que ha de pronunciar el señor Lerroux.

DISCURSO DEL SEÑOR LERROUX

Con una clamorosa ovación fue saludado el señor Lerroux, que pronunció el discurso siguiente:

Van a dirigirse mis palabras a todos los hombres de buena voluntad. Pero no son palabras de odio ni renor para nadie, pues estuve en estos sentimientos ausentes siempre de mi corazón. Son palabras de amor para cuantos amigos abandonaron las cuestiones particulares que los tenían sujetos a sus ocupaciones habituales y atravesaron media España para venir aquí a escucharme. También palabras de amistad y gratitud para los amigos de Barcelona que en tantas ocasiones me elevaron a las cumbres de la representación parlamentaria, para que yo pudiera desde la tribuna del Congreso defender en todo momento los ideales que han triunfado, que si no en la forma, en el fondo plenamente han triunfado. Palabras de gracias para los amigos portadores de los estandartes que en distintas ocasiones y al frente de las huestes radicales mantuvieron nuestros ideales en España y que en tantas

ocasiones sirvieron de sudario a los que rindieron la vida por el ideal. Palabras de consideración y de solidaridad para este admirable pueblo de Madrid que, en las horas más críticas de mi vida, ha querido darme la confianza máxima, entregándome en una votación, sin precedentes, también las máximas responsabilidades al mismo tiempo que la gloria máxima. Gracias a todos los españoles y a todas las clases sociales, sin distinción, reunidas y representadas aquí, que han querido venir a escuchar la palabra mía; gracias a todas las representaciones aquí presentes y a ellas mi respeto, mi homenaje también y mi amistad porque sin ellas, a la hora presente, como acabo de significaros, yo no estaría armónica y proporcionalmente en paridad con la grandeza del acto, ocupando indebidamente este lugar.

Concibo perfectamente, amigos de mi se trate de manera extrema, la expectación que ha producido en toda España el acto que estamos celebrando.

El estado de alma, el estado de la conciencia del pueblo español, no se ha sentido todavía interpretado fielmente en ninguno de los momentos en que las nuevas instituciones actuaron en la vida pública. Vosotros sabéis que durante medio siglo, la España protestataria encontró su aspiración más adecuada en la República; ha venido propugnando por el triunfo de su ideal y hallando cerradas todas las puertas de la legalidad para que dentro de la vida normal hubiera sido posible la evolución, —porque en la mayoría del pueblo español hubiera llevado el ideal al triunfo,—acarició la decisión revolucionaria como medio único de conseguirla. Así varias generaciones; así varias generaciones de nuestro temperamento meridional, que no sabe concebir tampoco la revolución sino con el acompañamiento y estruendo del sacrificio propio, o sin el ruido del cañón, del olor de la pólvora, de toda esa taumaturgia de nuestro temperamento, y por el cual y durante medio siglo, hemos estado luchando todos en la vida pública. Pero es que la revolución es talló, más que en España, en el mundo, con la guerra que pudiéramos llamar universal. Y la lección de esa guerra hizo que en muchos pueblos, singularmente en el nuestro, los altos poderes, llegados al momento de la transformación, procedieran a la era evolutiva, a la era tradicionalmente revolucionaria. Y en los primeros momentos y en el primer mes, los hombres que representamos la República nos encontramos obligados a toda obra de transformación, o por la violencia, o sin tener en consideración intereses de ninguna clase. Todas las clases sociales y todos los intereses, en tal caso, se hubieran allanado con facilidad. No fué así. Triunfó el criterio pacifista; bastó que la opinión pública se manifestara con toda valentía en unas elecciones municipales, para que los altos Poderes, en armonía con las aspiraciones del pueblo, abdicasen de aquello que habían prometido no abandonar nunca sin lucha; y el contraste de aquel procedimiento, el contraste de aque-

lla decisión trágica, revolucionaria, que es la relación de esta transformación, de género inmediatamente en una impiedad y en una intranquilidad; impiedad e intranquilidad que han producido ciertamente, en su mayor parte, esta misma expectación.

Tened tranquilidad y tened fe en el programa del partido republicano y habrán de tener una legalidad en su tiempo, en una oportunidad; pero también se que la eficacia para las evoluciones políticas en que haya oportunidad, porque si se anticipan, o porque no está preparada la conciencia nacional, o porque no lo esté la conciencia pública que necesita algunos años de evolución y de enseñanza democrática, se frustran y fracasan; y los enemigos atribuyen este fracaso a falta de virtualidad de los principios, cuando en realidad es a falta de oportunidad en la aplicación. Y ved, señores, que esta expectación de ahora, no tendrá ninguna exaltación para que pueda sacarla fuera de la ley; antes, esta expectación, en la pasada, lamentable y vergonzosa Dictadura, hubiera tenido inmediatamente derivaciones aspirando a una dictadura nueva; y si ahora no tiene esa derivación es porque impera la república liberal y democrática, y porque hay partidos republicanos en el país que en la hora oportuna, cuando respondan a los empujes de la opinión, saben cumplir con su deber exigiendo que el Parlamento termine la obra constituyente y comience la estabilización definitiva de la República, con un Gobierno en el que estén representadas todas las tendencias y que facilite el camino que ha de llevar a ello. ¿A qué negarlo? Los elementos socialistas, participando, o plenamente, o por colaboración, en el Poder, dan el impulso necesario a la obra para que la justicia social tenga la posible plenitud. Y toda esa expectación, como se necesitaba una concentración, ésta se ha formado alrededor de un hombre. ¿Es esto justo? No lo es. Todavía más que a los elementos republicanos y democráticos, a los que aún no están con la democracia identificadas, me dirijo para decirles que se apresten a no dejar la solución de los problemas a un hombre que, en definitiva, dentro puede tener un dictador, mejor o peor disfrazado, ni a un grupo de hombres, porque sería una oligarquía y equivaldría a estar conduciendo un rebaño; que confíen en sí mismos; que observen el espectáculo que estamos presenciando, para que en lo sucesivo quede desechado de todas las clases sociales, el descansar la vida pública alrededor de un hombre, o situar frente de la República para canalizarla, prevaleciera o retener y que la República misma, divorciada con el país, pugnara también por representar la dictadura de un partido o la dictadura de una clase social. (Muy bien)

No se ha sentido el país gobernado en republicano, y hay que decir que no existe libertad de política, libertad individual, para que tome se la evolución necesaria a fin de conquistar cada día un poco más de libertad, y con ella el instrumento necesario para acercarse a la realización deseada de la justicia social que soñamos todos.

No es agravio por agravio, decir que por tolerancia de los republicanos, la preponderancia de un sentido socialista en el gobierno ha creado en el país un estado de alarma que justifica esta expectación. (Muy bien). Cuidado, amigos, que mis palabras no son una condenación a las doctrinas ni a las aspiraciones perfectamente legítimas de los socia-

listas; mis palabras son sencillamente un análisis de esta expectación, que no está ciertamente justificada por mi persona, y que es necesario que en la conciencia de todos quede perfectamente explicada. No; yo sé bien que aspiraciones de justicia social que prevalecen pronto en el programa del partido

republicano y habrán de tener una legalidad en su tiempo, en una oportunidad; pero también se que la eficacia para las evoluciones políticas en que haya oportunidad, porque si se anticipan, o porque no está preparada la conciencia nacional, o porque no lo esté la conciencia pública que necesita algunos años de evolución y de enseñanza democrática, se frustran y fracasan; y los enemigos atribuyen este fracaso a falta de virtualidad de los principios, cuando en realidad es a falta de oportunidad en la aplicación. Y ved, señores, que esta expectación de ahora, no tendrá ninguna exaltación para que pueda sacarla fuera de la ley; antes, esta expectación, en la pasada, lamentable y vergonzosa Dictadura, hubiera tenido inmediatamente derivaciones aspirando a una dictadura nueva; y si ahora no tiene esa derivación es porque impera la república liberal y democrática, y porque hay partidos republicanos en el país que en la hora oportuna, cuando respondan a los empujes de la opinión, saben cumplir con su deber exigiendo que el Parlamento termine la obra constituyente y comience la estabilización definitiva de la República, con un Gobierno en el que estén representadas todas las tendencias y que facilite el camino que ha de llevar a ello. ¿A qué negarlo? Los elementos socialistas, participando, o plenamente, o por colaboración, en el Poder, dan el impulso necesario a la obra para que la justicia social tenga la posible plenitud. Y toda esa expectación, como se necesitaba una concentración, ésta se ha formado alrededor de un hombre. ¿Es esto justo? No lo es. Todavía más que a los elementos republicanos y democráticos, a los que aún no están con la democracia identificadas, me dirijo para decirles que se apresten a no dejar la solución de los problemas a un hombre que, en definitiva, dentro puede tener un dictador, mejor o peor disfrazado, ni a un grupo de hombres, porque sería una oligarquía y equivaldría a estar conduciendo un rebaño; que confíen en sí mismos; que observen el espectáculo que estamos presenciando, para que en lo sucesivo quede desechado de todas las clases sociales, el descansar la vida pública alrededor de un hombre, o situar frente de la República para canalizarla, prevaleciera o retener y que la República misma, divorciada con el país, pugnara también por representar la dictadura de un partido o la dictadura de una clase social. (Muy bien)

Yo no me hice la ilusión, yo no he sentido nunca esas vanidades miserables, de que toda esa expectación alrededor de un hombre signifiquen en mi cualidades que no tengo, competencia que no alcanzo, proporciones que me faltan, de modo

que no está en mi poder obrar el milagro, sino en vosotros mismos. Yo no he tenido esa vanidad. ¿Cómo iba a tenerla ahora, cuando ya en la cumbre de mi edad, viejo, cansado, combatido, difamado, perseguido, gastado por la lucha, no puedo ofrecerle sino una historia, una iniciativa y un ejemplo? No, ciudadanos, yo sé que yo aquí estoy presente y que fuera de aquí me escucháis; si la obra que hay que realizar hubiera de establecerse por imperio de una voluntad como la mía, yo no podría dar el primer paso. Se necesita en esta hora suprema que esa expectación deje de ser lo, y se convierta en confianza, en solidaridad, porque solamente con la solidaridad y confianza del pueblo español, un hombre que representa un Partido, un Partido que representa un Programa, y un Programa que representa una doctrina, podrán ser intérpretes de todo el país para conducirlo por el ancho camino de la libertad, que lleve en la República el derecho y la justicia a un estado de mayor facilidad que aquel en que se encuentra actualmente. (Aplausos)

Esa expectación, lo que podía significar, era una interrogación al que se ha dado en llamar el silencio de Lerroux: mi silencio. ¿Pero es que yo he callado alguna vez? Cuando la palabra callaba hablaban los actos, que solían ser también tan eficaces, y a veces más eficaces, que las palabras. Yo, desde 1890, en que comencé mis campañas en la prensa republicana, no he dejado ni un solo momento de hablar, o en la prensa, o en la tribuna pública, o en la tribuna parlamentaria; y cuando se restringía la libertad hablaba por circulares con mis amigos, o hablaba por manifiestos políticos; y todo el camino de mi vida ha quedado sembrado de una colección impresa de esa naturaleza, tan íntima como la que constituye una correspondencia epistolar en la cual he ido volcando mi alma, en aquella forma que sale más franca, por la comunicación que en la intimidad existe entre dos almas que se sienten identificadas. ¿Es eso callar? Lo que puede suceder es que se haya interpretado ese silencio, como en otras ocasiones, en que la opinión creyó que debía callar cuando en realidad era un homenaje al régimen y un sacrificio al amor a la causa. Yo fui el iniciador, el promotor de la reunión de San Sebastián; yo vi que aquella reunión tenía justos recelos, porque existía un temor inexplicable; yo vi la conjura; yo vi que, por desconfianza que no he de señalar, era conveniente que callase, y callé; a mí se me eliminaba del Comité revolucionario: sonrei y callé. Censurable será mi silencio porque no quería hacer daño, porque yo sí mi no se hubiera podido hacer nada. Hablé en la reunión de San Sebastián únicamente para procurar calmar el ímpetu ardiente de alguno de los compañeros, que de lan de pretensiones exageradas, de descarnadamente expuestas, de catalanes y catalanistas que a la reunión asistieron, y procuré que la armonía surgiera allí. Surgió la armonía y comenzó la ola revolucionaria. Y yo callé cuando el Comité revolu-

cionario, cediendo a los requerimientos de quienes podían hacerlo se constituyó en Gobierno, en una reunión previa en la que sin mí, y sin consultarme, se me adjudicó una Cartera para la cual yo no tenía preparación alguna, pero que, además, en la cual no podía tomar posiciones para el día de mañana, por lo que mis amigos representaban en el seno del Gobierno el republicanismo español. Pero la posibilidad del triunfo de la República me pedía el sacrificio del silencio, y callé. Callé cuando en la hora suprema se me dieron órdenes como a un teniente, y obedecí como un soldado. Callé en los Consejos de Ministros cuando el hablar hubiera podido parecer discrepancia en aquellas horas primeras tan graves y difíciles, en las horas de dirigir a un pueblo en el que ardía el temperamento revolucionario, que no había tenido ocasión de satisfacerse completamente. Callé cuando vi que, en la organización política, regiones enteras con sus gobernadores civiles, se entregaban a determinados sectores de la política republicana, con daño evidente, o perjuicio notorio, en la ponderación de fuerzas de mis amigos, del Partido Radical. Callé cuando, con posible riesgo de la República, la lealtad del señor Azaña, desde el banco azul, le hizo considerarse en el caso de pronunciar un discurso para dar satisfacción a su conciencia, provocando la crisis que se produjo y en la que el Presidente del Consejo de Ministros decía en aquel entonces que estaba la autoridad del Gobierno en medio de la calle; y callé porque hablar entonces hubiera sido tanto como poner también en crisis la República. Callé cuando el Ministro de la Guerra, en horas trágicas, se levantó en el Congreso para decirnos que no teníamos ejército porque no había fusiles, ni municiones, ni ametralladoras, ni campos de concentración, al propio tiempo que la plebe, no el pueblo, se desmandaba de toda disciplina, invadía las haciendas en los pueblos rurales, y poco después se vivían momentos trágicos por la lucha sostenida contra elementos que obraban en cumplimiento de un deber. Callé, en fin, cuando, en la última crisis, ésta se resolvió de modo enteramente contrario a lo que en la reunión del Consejo Nacional de Alianza republicana, con asistencia de cuatro ministros, se convino entre todos por unanimidad y sin ninguna discrepancia. Porque llegado el momento de la instalación definitiva, de las actuaciones republicanas, aprobada la constitución, elegido el Presidente de la República, aquella crisis no significaba nada y no podía producirse, o de producirse, había que comenzar una política nueva. ¿Cuál podía ser aquella política nueva? Podía ser, no la de un divorcio riñendo los cónyuges y se parándose por mutuo aborrecimiento, sino la de una separación amistosa entre socialistas y republicanos. Yo había sostenido que era la hora de que las apariencias y realidades de un divorcio comenzaran y los unos volvieran a sus cuarteles y los otros, que representaban la